

A treinta años de su muerte

El revelador mundo poético de

■ Ayer se cumplieron 30 años desde el día en que el primer Premio Nobel de nuestra literatura falleciera en Nueva York, dejando tras de sí para su patria y para la historia, una obra sólida, original, de profunda belleza, ajena a intereses que no fueran los estrictamente humanos y estéticos. Otro poeta, Jaime Quezada, destacado valor de la generación hoy día "ascendente", da cuenta aquí de la vida y trabajos mistralianos en un ensayo inédito que tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores en una fecha de mistraliano luto.

Por Jaime QUEZADA

I De Desolación en Desolación

En un valle de Elqui, tan pequeño que puede llegar a amarse como lo perfecto, nació el 7 de abril de 1889 Gabriela Mistral, de nombre entonces Lucila Godoy. Si la ciudad de Vicuña fue verdaderamente el lugar de su nacimiento, Montegrande será el de su infancia. Esa geografía natal será su patria y, para siempre, los años de su dulzura; *qué linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes, qué ojo bebedor de luces y de formas y qué oído recogedor de vientos y aguas sacamos de esas aldeas*. El paisaje de sus niñeces, que tanto va a necesitar después cuando ande mucha tierra, le hará el alma recia y primitiva en medio de sus soledades y silencios.

Doña Petronila Alcayaga, una viejecita con estatura de niño, le borda o le teje el vestido mientras Lucila juega media oculta en el huerto, en un convivir humano con la naturaleza y en un trato viviente y casi fraterno con los árboles. Antes de cumplir diez años, su padre —Jerónimo Godoy Villanueva—, un profesor que sabía su latín y su dibujo decorativo, que tocaba la guitarra y componía versos, había abandonado el hogar en una errancia sin regreso. Esta circunstancia nunca fue, sin embargo, una marca visible de amargura para la Mistral. De él le vendrá más tarde ese vagar mundo y ese destierro voluntario permanente. De él heredará, además, sus afanes poéticos iniciales, toda vez que no eran jugos ajenos a su cuerpo, pues le venía por la sangre paterna. Pero ese padre, que contaba historias y fábulas, artes de marcharse plantó higueras, paltos y nogales en el huerto de la casa familiar: *Esos árboles tienen exactamente mi edad*, dirá por 1938 Gabriela Mistral, yisitando la zona.

Muy joven, la futura autora de *Desolación*, realiza labores de profesora interina en escuelas rurales. Enseña el alfabeto a niños y muchachones que la sobrepasan en edad. Adolescente aún, escribe poemas y artículos en periódicos locales de La Serena y Coquimbo. Artículos que no ocultaban sus lecturas recientes (Montaigne, Flammarión), y que le traían no pocos pesares: *parece que no tuve el carácter alegre y fácil, ni la fisonomía grata que gana a las gentes*. Gabriela Mistral, que se conocía una a una sus cien montañas, dejará de ser dichosa apenas sale de su Valle: *nadie podrá devolverme jamás la alegría que me robaron*.

Unos famosos Juegos Florales celebrados en Santiago, en diciembre de 1914, darán flor natural, medalla de oro y corona de laurel, y nombre definitivo a nuestra Gabriela Mistral. Con ese seudónimo firma sus célebres *Sonetos de la muerte*. La profesora de castellano del Liceo de Niñas de Los Andes tiene veinticinco años, y aunque no asiste personalmente a recibir su galardón, está de cuerpo y alma presenciando la ceremonia, más anónima que oculta, entre el público de la galería del Teatro Santiago. Estos Sonetos, que tienen mucho de romanticismo y drama (el suicidio de Romelio Ureta), junto a otros poemas de atmósferas similares (*Balada*, *Tribulación*, *Nocturno*, *Interrogaciones*) formarán parte de una de las secciones de *Desolación*, con todo lo que tienen de historia y leyenda, de dolor e instancias pasionales: el asunto de la muerte y el suicidio como tema y motivo de sus preocupaciones poéticas. Y acaso para toda la vida ella llevará esa imagen como un permanente vaho de fantasmas.

II

Por iniciativa del hispanista Federico de Onís, el Instituto Real de las Españas, de

Nueva York, publica *Desolación* (1922). Gabriela Mistral lo dedica a Pedro Aguirre Cerda —a quien debo la hora de paz en que vivo, mucho antes que éste llegara a ser Presidente de la República. Esa hora de paz que le permitió escribir en Los Andes, Traiguén (donde yo caí de golpe en una floración de cerezos), Antofagasta, Punta Arenas, Temuco, Santiago, una centena de textos que integran esta obra primera y referencial en la no muy extensa bibliografía mistraliana. Además de *Desolación* deben citarse *Ternura* (1924), *Tala* (1938), *Lagar* (1954) y póstumamente *Poema de Chile* (1967).

De esta manera, *Desolación* se publica primero en país extranjero (y en país extranjero me voy a morir, dice ella), Estados Unidos, y no en Chile. Aún así, son lugares geográficos chilenos, en su gran parte, los que sirven de marco a la escritura de este libro. Su título mismo proviene del nombre de uno de sus poemas de *Paisajes de la Patagonia*, aquellas desolaciones que tanta huella dejaron en su vida de maestra y educacionista. Será el territorio magallánico, sin duda, la región de la noche larga, el lugar de encuentro con ella misma en su infinitud y lejanía: *La tierra a la que vine no tiene primavera*. En esas grises postrimerías, donde el país no parece chileno (*los hombres de ojos claros no conocen mis ríos*), escribe en grandes cuadernos escolares sobre las aves, las hierbas medicinales, el folclore y las voces indígenas. El *hazme fuerte, aún en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre* — de su *Oración de la maestra* — se hace evidente y cierto.

La escuela y su apostolado de humanidad (*La maestra rural*); lo cristiano, lo religioso y lo casi litúrgico (*Al oído de Cristo*, *Viernes Santo*); el amor y el dolor en su romanticismo y celos y tragedia (*Balada*, *Interrogaciones*); la ausencia y anhelo de maternidad (*Poema del hijo*); la naturaleza de los paisajes australes y patagónicos (*Arbol muerto*), constituyen, en gran parte, los temas básicos y centrales de *Desolación*. Libro, precisamente, de desolaciones corporales y espirituales y que es, autobiográficamente, la vida misma de una Gabriela Mistral: *Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también*. Pero más que amargos, estos poemas tienen el verso íntimo, conversacional y emotivo. Todo entre la sencillez y el sufrimiento, lo fuerte y lo poderoso. Poemas en los cuales queda sangrando un pasado doloroso: *la canción se ensangrentó para aliviarme*, dirá ella en su Voto o compromiso de ardiente fidelidad.

III

El año de la publicación original de esta obra (1922), Gabriela Mistral se hispanoamericaniza viajando a México, donde "ninguna mujer es más querida y admirada que usted", como le dice el ministro José Vasconcelos en la invitación oficial. Este viaje inicia en forma definitiva su errancia. Incluso en *Desolación* se incluyen dos o tres poemas escritos por el maravillamiento que le produjo la tierra mexicana, con su dios-poeta precolombino Netzahualcoyotl y la extensa meseta del Anáhuac. También la montaña azteca con el Ixtlilxhuatl soberbio que le recordará sus montañas de Montegrande: *Más tú la andina, la de greña oscura, / mi Cordillera, la Judith tremenda*.

El andar mucha tierra, que ya veía en su infancia, se va haciendo realidad en su obra y en países y continentes: *voy tomando no sé qué carne de judío errante*. Congresos internacionales, reuniones de cooperación intelectual, trabajos burocráticos en la Sociedad de las Naciones, consulados honorarios o de carrera la llevan, como la copa de uno de sus versos, *de una isla a otra isla sin despertar el agua*. Estará en Madrid, Francia, Bélgica,



Portugal, Santiago de Chile (muchos años atrás, en sus tiempos andinos, ella decía que la capital no tiene lo que se necesita para vivir dichosamente: cielo y árboles), Guatemala, Italia, Estados Unidos. Reside en Petrópolis, Brasil, cuando se le otorga el Premio Nobel de Literatura, en 1945, "por su poesía lírica, inspirada por poderosas emociones y que ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano", según fundamentó la Academia Sueca.

Vendrán después los homenajes (*ahora que soy reina y fui mendiga*), y ella escribiendo sin prisa, o con una rapidez de rodado de piedra de cordillera otras veces. Escribe usando más el lápiz de grafito que la tinta,

apoyada sobre sus rodillas más que en una mesa-escritorio. El escribir le alegraba el ánimo, le confortaba los sentidos y el alma. Sin embargo, aseguraba que escribía como *quien habla en la soledad, porque he vivido muy sola en todas partes*. La desolación de su libro es la desolación de su vida.

IV Ternura, una Poesía Esencial

De un coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo y con la tierra visible de día y audible de noche, viene, en gran parte, el origen de *Ternura*: canciones de cuna, rondas, jugarretas, cuentos mundos. Arrullos con largas pausas para cantar a la liebre rojiza o a la vizcachita parda. Se ha creído, equivocadamente, que se trató aquí de un libro menor o de intenciones meramente pueriles en la obra toda de nuestra Gabriela Mistral. Sin embargo, ni por su título ni por su contenido este libro está lejos de cumplir, a página cabal, con una *empalagosa o catequística pedagogía*. Más bien se escribió como una reacción a la poesía escolar en boga en aquella época — década de los años veinte — y que en nada satisfacía nuestra autora. Es cierto que muchos de estos poemas se escribieron a pedido de editores o antologadores de textos escolares que, en definitiva, bien poco o casi nada contribuirán al buen conocimiento de su obra.

Gabriela Mistral era, por lo mismo, enemiga de niñeces o niñerías de poesía o cuento infantil de baluceo primario más que el mental, de más chiste que gracia. Prefiere verso que tenga el ritmo y la tradición vernacular y lo folclórico y lo clásico: *la poesía infantil ha de tener los ritmos exactos como una seguidilla o un romancillo*. Así se

La urna de Gabriela, luego de la misa en la Catedral, seguida por el Presidente Ibáñez, amigo personal de la poetisa, y por numerosas autoridades.



Gabriela Mistral

también la fábula que ella mucho amaba. Pe-
la fábula pura, ese viejo licor que ya no se
ce ni para los niños ni para los hombres, y
las tradicionales a La Fontaine que ella
consideraba como malas y odiosas: verbigrata:
La cigarra y la hormiga, El cordero y el
bo. Una moral para niños a base de astu-
cia, decía la Mistral, me parece perversa y,
ando menos, sin atractivo para nuestra ra-
generosa.

Ternura es, paradójicamente, un libro
empre nuevo y casi inédito. El pulso vivo de
Gabriela Mistral con su aliento, su senti-
do y su cuerpo late, por mañas o por magias,
esta poesía. Libro de fundamento en el
andar lugares y recorrer territorios, en el go-
maravillador de olpres, sabores y colores.
sobre todo, en el redescubrir, poema tras
poema, los temas permanentes y perdu-
bles de la obra mistraliana: la tierra, la na-
turaleza geográfica y humana, las materias.
sólo que aquí el niño (niño de aldea, niño
campesino, niño indio) es, de veras, un per-
sonaje. Y ella —yo con mi cuerpo de Sara
Teja— una mujer que ha recogido en su mi-
ada todos los valles y el alfabeto de sonidos
de esos valles. También sus sueños y sorpre-
sas, sus miedos y desvaríos, sus albricias y
sus hallazgos. Mucho de lo que fue y quiso
er su infancia, pero no de una manera inge-
ua de hacer autobiografía: Gabriela Mistral
ecrea, a su gusto y a su antojo, su mundo
de realidades y encantamientos.

V

Ternura se publica por primera vez en
Madrid, el año 1924. Una veintena de po-
mas (Piecitos, El himno cotidiano, obreri-
o) habían aparecido un par de años antes en
Desolación. También otras varias canciones
de cuna y cuenta-mundo se reeditarán en la
edición primera de Tala (1938). De esta ma-
nera, Ternura fue para Gabriela Mistral un
bro, sin duda, muy querido, y que anduvo
siempre formando parte de su obra. Ella mis-
ma confesaba: Entre todos mis trabajos, el
que prefiero es una pequeña canción de cu-
na que escribí con el título de "La pajita".
Debe ser porque yo siento un profundo afec-
to por esta clase de poesía.

En muchas de estas jugarretas o rondas está
presente el característico verbo mistraliano
lupar, volterar) o su vivificadora palabra casi
arcaica (agriura, almud, sollamadura) como
escatada del Viejo Testamento. Su lenguaje
y su tono conversacional que le viene de las
gentes amadas de su valle de Elqui y que se
quecaron en su memoria y en su oído por
siempre. Igual cosa ocurre con las botánicas
y las zoologías, los frutos, los animales y los
paisajes que van y vienen por sus poemas. Y
lo que es más importante todavía: La poesía
de Ternura revela la esencialidad primera,
original de la obra posterior de una autora
que debe la Sed de sorbos grandes.

Fundamento valioso es este libro, o ante-
cedente mejor, de algunos de los mejores
poemas de Gabriela Mistral. Las materias,
por ejemplo (el aire, el agua, la sal), que tan
significativas y trascendentes van a ser en
Tala, son ya elementos esenciales y reiterati-
vos en su aparente poesía menuda. El agua
adquiere en Ternura la unción de santa y de
amante (poema El agua, de cuenta-mundo).
Y la sal, a su vez, será un conjuro y un rito
(Canción de la muerte) con mucho de sabi-
duría popular y de supersticioso mito folclóri-
co. Importa también el gesto, el ánimo, el
habla en cada uno de estos actos funda-
mentales.

Por otra parte, la raíz del pensamiento y
conciencia social e indigenista de Gabriela
Mistral se va poéticamente desarrollando en
Ternura, hasta alcanzar su magnitud en sus
trabajos futuros. El poema La casa (que tiene
su historia y su anécdota con el pan, el indio
quechua, el hambre) dará origen a Pan,
aquel largo, ritual y simbólico poema de las
materias de Tala. Así también, Himnos ame-
ricanos, de este último libro, tiene su antece-
dente en varios otros poemas nada de infan-
tes y que en Ternura cantan al maíz, a los
frutos americanos, a la tierra: Niño indio, si
estás cansado, tú te acuestas sobre la
Tierra, y lo mismo si estás alegre.

Ternura viene a ser para Gabriela Mistral el
libro que ella misma no tuvo en su infancia,
porque vino a tener de adulta las fábulas que
se oyen a los siete años. Y hasta la vejez dura
y perdura en mí el gusto del cuento pueril y
del pintarrajeado de imágenes y me los leo
con la avidez de todos aquellos que llegaron
tarde a sentarse a la mesa y por eso comen y
beben desafortunadamente.

Mucho de su andar lleva también este
libro: desde la Patagonia chilena a la meseta
mexicana o el mar de las Antillas. El arrullo
patagón y el arrolló elquino, la ronda de la
ceiba ecuatoriana y la cajita de madera de
Olinalá. La adultez y la infancia de una
Mistral que anduvo con su ritmo y su ronda
desde muy niña tocando las cosas primeras:
las gredas, la piedra porosa, la almendra
velluda. No es, pues, Ternura un libro inge-
nuamente infantil. Mucho de los metales de
sus cerros de Montegrande está yacente en
su poesía. Sus poemas son más que una ron-
da o una jugarreta. El dame la mano es un
amar que permanece vivo. La mismísima
Gabriela Mistral vendría a saber, con el
correr del tiempo, que todos los hombres
son desgraciados y necesitan siempre una
canción de cuna para que apacigue su cora-
zón.

VI Tala: Un Mundo Revelador

De la obra poética de Gabriela Mistral, no
del todo extensa pero sí intensa, Tala consti-
tuye, tal vez, su libro fundamental. Ella mis-
ma lo consideraba que era su verdadera
obra, sobre todo porque en sus páginas está
la raíz de lo indioamericano. Libro de los áni-
mos espirituales y las materias corporales
(pan, sal, aceite, agua), las ausencias, los
nocturnos y las alucinaciones. Pero también
está la América precolombina, ritual y cere-
moniosa (Sol del trópico, Cordillera) con sus
himnos indios a los incas y a los mayas. To-
dos los frutos americanos: el maguey y la yu-
ca, los mangos y las pitahayas. Además el
santo maíz milenar y mágico. La cordillera
tutelar de los Andes, a quien llama madre ya-
cente, madre que anda. Y todos los árboles
balsámicos con su copal y su mirra y su esto-
raque. Pero Tala es también el libro de la fe,
de la devota consumación del dolor, del des-
cendimiento y la letanía. Verso certero y reli-
gioso, que parece nuevo o como no visto, y
que maravilla de gozo por su lengua coti-
diana.

Esta lengua cotidiana es la que va a tipifi-
car una escritura única y novedosa, cargada
de lo viejo y de lo nuevo que hay en sus te-
mas: lo arcaico y lo criollo, lo indígena y lo
español. De ahí su verso que va siempre de
lo doloroso a lo íntimo, de lo áspero a lo bibi-
co, de lo sanguíneo al sacudón del alma.
A caso por esto mismo, Gabriela Mistral re-
conocía que había en Tala un pequeño reza-
go de Desolación (1922), su libro primero.
Más que rezago, hay en verdad, una proyec-
ción mayor y honda de los asuntos (o bultos
corporales, como los denomina) que le im-
portaron: la tierra y sus frutos, la naturaleza
y sus culturas, los viajes y los pueblos, los
paisajes y las gentes: Confieso que, por vo-
luntad mía o por temperamento, las tierras
extrañas no me arrasan la costumbre, que
apenas me la remecen, de que la tengo añeja
y tenaz. Errante y todo, soy una tradiciona-
lista risible que sigue viviendo en el valle de
Elqui de su infancia.

VII

Tala se publica originalmente en 1938, y en
la ciudad de Buenos Aires, gracias a la escri-
tora argentina Victoria Ocampo, noble amiga
de Gabriela Mistral. Recuérdese que fue
también un extranjero, el muy español Fede-
rico de Onís, quien cargará con la responsa-
bilidad de editar Desolación. Ahora Tala se
publica en un momento histórico demasiado
dramático para el mundo: la Guerra Civil es-
pañola. Y Gabriela Mistral que había vivido
sus años consulares en Madrid, hospedada
muchas veces en la hospitalaria Residencia



de Pedralbes (La patria no me
preguntaron/la cara no me la sabían./ Me
señalaron con la mano/lecho tendido, mesa
tendida), no permanece ajena. Si España era
la tierra que quería más sobre este mundo,
se conmueve ante la tragedia de muchos ni-
ños vascos —ella que era mestiza de
vascos— que tuvieron que salir huérfanos de
sus hogares aventados por la guerra. Ella
misma escribirá en Tala una nota con cara de
excusa, señalando que se edita por no tener
otra cosa que dar a los niños españoles dis-
persos a los cuatro vientos.

Poéticamente Tala es un libro que Gabriela
Mistral fue escribiendo en sus largos años de
errancia (con sólo su destino como almoha-
da) por paises de América y Europa. Y
siempre con una mirada recogedora de
cuarenta panoramas. La muerte de su madre
motivará en la Mistral una de las secciones
más sentidas del libro, con mucho de des-
cendimiento y de religiosidad. Doña Petroni-
la Alcayaga era para Gabriela una especie de
subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no
sé qué nobleza. Por otra parte, Tala tiene su
vértice mayor en secciones como Materias
y América. El lenguaje mistraliano adquiere
aquí una categoría importantísima, semejan-
te al tema que trata: los grandes monumen-
tos naturales de nuestro continente. "La ma-
teria en la poesía de Gabriela Mistral, dice el
ensayista Luis Oyarzún, tiene alma e idioma
y habla con el lenguaje de la infancia o con el
verbo de la pasión".

Esa pasión se hace en la poesía mistraliana
gesto, acto simple de humildad y de gracia.
Un recrear el mundo con lo bellamente sen-
sorial y motivador.

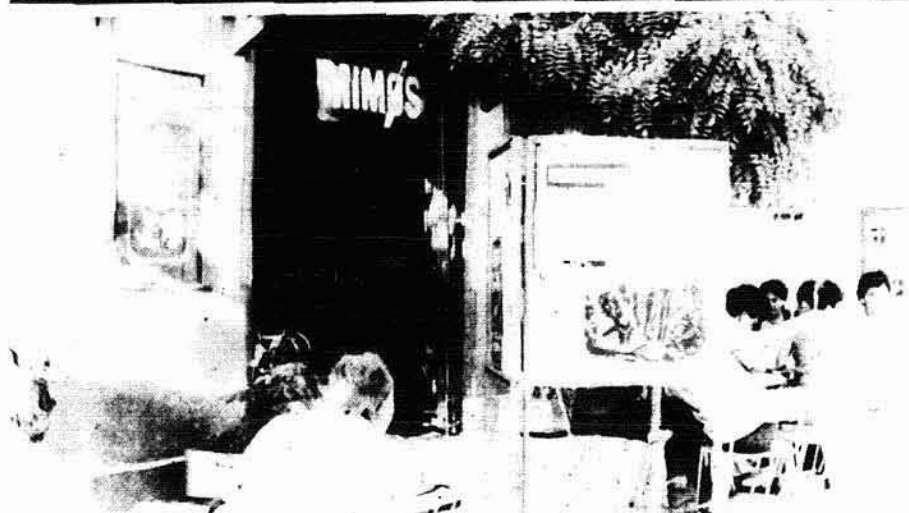
VIII Lagar, un Vivir en el Retorno

Lagar, libro sanguíneo y ansioso de bús-
queda Suprema, se publica en 1954, y en
Santiago de Chile. Es el único de los volúme-
nes poemáticos mistralianos que se edita, en
su primera versión, en el país. En septiembre
de ese mismo año Gabriela Mistral visita su
patria por última vez, reencontrándose con
el largo territorio después de mucho andar

extranjera: En mis años de vida errante, yo
supe siempre que nadie iba a enseñarme la
verdad acerca de las tierras que recorría, sino
su tradición y su costumbre presentes, o sea
cierta familiaridad con los muertos y los vi-
vos de cada región. Su regreso es una fiesta
nacional y una apoteosis. Honores oficiales y
doctorados Honoris Causa que parecían de-
jarla indiferente. Ella habla a los niños, a los
universitarios, a las mujeres (el mujerío, co-
mo las llama), a los campesinos en una pa-
sión agraria de toda una vida, a las gentes de
su Valle. Sin embargo, ella —la otra, la que
camina, la humillada (títulos de poemas de
Lagar)— estaba bellamente ausente ya de
todo: tanto quiso olvidar que ya ha olvidado.
Tanto quiso mudar que ya no es ella.

Entre la publicación de Tala (1938), su
libro anterior, y Lagar (1954) han transcurri-
do nada menos que 16 años. Es el período
mayor, definitivo y total de una Gabriela
Mistral que unifica obra y vida en sus soleda-
des, vagabundajes y desvaríos. Estas casi
dos décadas han dejado su huella en el mun-
do (había estallado la Segunda Guerra Mun-
dial y en Lagar hay constancia en varios poe-
mas: La caída de Europa, Campeón finlan-
dés), y en el mundo íntimo de la Mistral. La-
gar es un libro símbolo y significativo en la
poesía mistraliana, con todo lo terrestre y lo
religioso que tiene. Con el bendicenos,
Padre, la mesa, la jarra y con el verso de sal-
mo en el desnudos volveremos a nuestro
Dueño.

Cada una de las secciones de este libro,
con su constante de lenguaje y de presencia
de época en los temas, representa vivencial y
testimonialmente los elementos y las cosas
más queridas de la autora. Reconstruyen
bien su mundo en los paisajes y la naturale-
za, los oficios, las jugarretas, las gentes ami-
gas. También los lutos, la guerra, los vaga-
bundajes, sus desvelos de mujer piadosa. En
mucho de este desvelarse, sobre todo en la
sección Locas mujeres, la Mistral se retrata a
sí misma en un continuo retorno a los años
de sus infancias elquinas. Si aquellos años
fueron su dicha y su fervor, lo serán ahora en
el poema que reconstruye la memoria: la al-



Uno de los ángulos ya tradicionales del Barrio Bellavista.

El revelador... (Viene de la Pág. 27)



HACIA MONTE GRANDE: Los escolares de La Serena dan su último saludo al paso de la curia del Regimiento "Arica", que condujo hasta Vicuña la urna mortuoria. Los largos y polvorientos caminos que van desde la capital de la provincia hasta Monte Grande contuvieron la emoción y las flores que toda una provincia — la de su gente — tributaba al paso de los restos mortales de la poetisa hacia el lugar de su descanso definitivo.

dea que no me vio / me verá cruzar sin rostro.

Lagar es, de hecho, el último libro escrito por Gabriela Mistral (aunque *Poema de Chile* se haya publicado póstumamente). De alguna manera viene a definir y resumir la obra poética de su autora, sólo que ahora desahogada ya de todo: *Todo lo di, ya nada llevo*. Libro abismante y abismado, dice el estudioso Gastón Von Dem Bussche, "termina con sobrecogedora grandeza un destino poético inevitable en su autenticidad". Y esta autenticidad está en la palabra poética de una mujer que supo decirla en su verso ardiente y riguroso.

IX Poema de Chile

Poema de Chile, un verdadero oficio de creación de patria, se publica póstumamente en 1967 (Barcelona, España), diez años después de la muerte de Gabriela Mistral. Sin embargo, no es este un libro postrero en la obra de su autora. Vino gestándose y escribiéndose durante toda la vida de ella. Chile era su continuo paisaje evocador y existencial en el verso o en el recado. Es, a su vez, un libro unitario y homogéneo. Extenso poema de armónico lenguaje lírico que mantiene un ritmo y una forma precisa e inalterable.

Viviendo en Rapallo, en California o en Veracruz, Gabriela Mistral llevaba consigo las versiones manuscritas de sus temas patrios y que iban dando forma lentamente al poema definitivo. Para escribirlo se documentó buscando datos reales y verdaderos sobre muchas cosas: los pájaros, las costumbres, los nombres de los peces. Así, de su experiencia personal, andando mucha tierra y del reencuentro con el texto o el manual geográfico, Gabriela Mistral escribió su extenso *Poema de Chile*. Obra que es un recorrer geográficamente el territorio de norte a sur: su naturaleza física y humana, sus valles y sus ríos, su cordillera y sus metales, su desierto y su mar, su flora y su fauna. Lo vivo y lo viviente del suelo natal en un redescubrir la entraña misma del país. Viene a testimoniar, además, la verdadera y siempre

permanente relación que nuestra Gabriela Mistral tuvo con lo real y lo genuino, lo criollo y lo autóctono de la tierra chilena. Territorio que, en gran parte, hizo suyo en sus andanzas y desventuras primeras: su valle de Elqui y su Araucanía, su Antofagasta y su Magallanes, su aldea andina y sus islas australes. Siempre llevó consigo este panorama geográfico, que se hizo aún mayor en su extranjería. ¿Y no cargaba ella misma en sus bolsillos de faldas tálares un saquito con tierra chilena?

Caracteriza fundamentalmente esta obra la presencia humana, activa y dialogante. Gabriela Mistral se hace acompañar de un niño atacameño (o diaguíta) en sus andanzas patrias, otorgando a lo poético-geográfico un enlace conversacional y vivificador. Mi mamá llama al niño a la autora en su recorrer territorio. Y ésta a su vez le dice en tono familiar: *mi chiquito, indito, tontito mío, indito cara taimada*. En este acompañarse mutuamente — las rutas sin compañero parecen un largo bostezo — la Mistral va explicando, sin afanes didácticos ni pedagógicos, el real maravillamiento de la patria geográfica: *Vamos caminando juntos, / tú echando sombra de niño, / yo apenas sombra de helecho*. Libro de acción de gracias por el suelo nutricio en su alabanza y en su elogio.

X In Memoriam

Nevaba en Nueva York la mañana que murió la autora de *Desolación*, el 10 de enero de 1957 (como nevaba en Punta Arenas tantos años antes el día que murió Amado Nervo, ese poeta mexicano que tanto le importó a la Mistral). Volverla a su amado Monte Grande a dormir como piedra laja devuelta a sus cerros. Esos cerros tutelares como su obra que más allá de sus desolaciones permanece viva. *Mi pequeña obra literaria es un poco chilena, por la sobriedad y la rudeza*, explicaba ella misma. Sin embargo, conlleva una profunda valoración de los sentimientos espirituales y humanos, un amor por sus lugares natales, la tierra campesina y las riquezas vivas de los pueblos americanos.